



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo LXX. Que sigue al de sesenta y nueve, ytrata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.



DURMIÓ Sancho aquella noche en una carriola (1) en el mismo aposento de don Quijote, cosa que él quisiera excusarla, si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y vinié-

rale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: ¿que te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado.

Muriérase ella en hora buena, cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdené en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar como sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora si que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantados en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abajo.

(1) Era una cama, ó tarima con ruedas y movable, que se metia debajo de las camas grandes. — Arr.

Duerme, Sancho amigo, respondió don Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recibidos y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea así, dijo don Quijote, y Dios te acompañe.

Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los duques á levantar el edificio de la máquina referida y dice, que no habiéndosele olvidado al bachiller Sanson Carrasco cuando el caballero de los Espejos fue vencido y derribado por don Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano esperando mejor suceso que el pasado; y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adonde don Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de don Quijote. Llegó pues al castillo del duque, que le informó el camino y derrota que don Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Dijole asimismo las burlas que le habia hecho, con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y trasformada en labradora, y como la duquesa su mujer habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea; de que no poco se rió y admiró el bachiller considerando así la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de don Quijote. Pidióle el duque que si le hallase y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hizolo así el bachiller: partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del duque, contósele todo con las condiciones de la batalla, y que ya don Quijote volvía á cumplir como buen caballero andante la palabra de retirarse un año en su aldea: en el cual tiempo podia ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas trasformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como don Quijote, fuese loco. Con esto se despidió del duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á don Quijote, que tras él venia.

De aquí tomó ocasion el duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de don Quijote, y haciendo tomar los caminos cerca y lejos del castillo por todas las partes que imaginó que podria volver don Quijote, con muchos criados suyos de á pie y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen; halláronle, dieron aviso al duque el cual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio: y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos; pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos; los cuales el uno durmiendo á sueño suelto (1), y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el día y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamas dieron gusto á don Quijote.

Altisidora, en la opinion de don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y

(1) Esto es, libre, descuidado. — Arr.

vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrado de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el



apuesto de don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso, se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor don Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto, reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias há que por la consideracion del rigor con que me has tratado, ¡oh mas duro que mármol á mis quejas (1), empedernido caballero! he estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo.

Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, ¿que es lo que vió en el otro mundo? ¿que hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero.

(1) Garcilaso; égl. I. — P.

La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas (1) guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que le servían de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenían unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fue que les servían en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden allí en aquel juego todos gruñían, todos regañaban y todos se maldecían. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen.

Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiere decir me admiró entonces), y fue que al primer boleo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo á otro: mirad que libro es ese, y el diablo le respondió: esta es la *segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un aragones, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmelo de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? replicó el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á don Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision.

Vision debió de ser sin duda, dijo don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino.

Iba Altisidora á proseguir en quejarse de don Quijote, cuando le dijo don Quijote: muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos antes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible.

Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: vive el señor, don bacallao (2), alma de almirez, cuesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado, cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensais por ventura, don vencido, y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña,

(1) *Valonas* ó *walonas* eran los cuellos de las camisas, estendidos y caídos sobre los hombros, que usaban los walones, que son alemanes del ducado de Borgoña; y de aquí, dice Covarrubias, vino el llamar walonas en España á las que se han empezado á usar á este modo.—Arr.

(2) Espression con que se moteja á uno por su suma flaqueza y estenuacion, comparándole al bacallao ó bacalao seco.

cuanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morir se los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Júdas.

Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual haciendo una gran reverencia á don Quijote, dijo: vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. Don Quijote le respondió: vuesa merced me diga quien es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegirista de la noche antes. Por cierto, replicó don Quijote, que vuesa merced tiene estremada voz; pero lo que cantó no me parece que fue muy á propósito porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora (1)? No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necesidad que canten ó escriban que no se atribuya á licencia poética.

Responder quisiera don Quijote, pero estorbáronlo el duque y la duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasó una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los duques, así con su simplicidad como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él mas les convenia habitar una zahurda, que no reales palacios. Diéronsele de muy buena gana, y la duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. El le respondió: señora mia, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo.

Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida ramera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oislo (2), digo de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos.

Vos decís muy bien, Sancho, dijo la duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dijo el duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento.

Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto, y con un corazon de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse don Quijote, comió con los duques, y partióse aquella tarde.

(1) Téngase presente que de Garcilaso no solo es la octava segunda, sino los dos versos últimos de la primera V. egl. III.—P.

(2) La persona querida y estimada.